

“TRABAJO Y MEDIOAMBIENTE: HACIA UNA CONVERGENCIA ANTICAPITALISTA”



Por Osvaldo Blanco⁶³

“La producción capitalista no desarrolla la técnica y la combinación del proceso social de producción más que minando al mismo tiempo las fuentes de las que mana toda riqueza: la tierra y el trabajador”

– KARL MARX –

RESUMEN

El presente artículo tiene como objetivo principal mostrar algunas reflexiones en torno a dos procesos críticos para la actual fase de la acumulación capitalista: (1) los desplazamientos geográficos de la proletarización y explotación de la fuerza de trabajo; (2) los desplazamientos geográficos de los costos de las externalidades medioambientales y la fijación del monopolio y renta de la tierra. Se trata de dos frentes que generalmente han sido desarrollados de forma separada por el marxismo y por la ecología crítica. No obstante, es posible mostrar cómo ambos son procesos que se cruzan y refuerzan,

⁶³ Doctor © Sociología, Universidad Alberto Hurtado. Magíster en Ciencias Sociales, Mención Sociología de la Modernización por la Universidad de Chile. Sociólogo por la Universidad de Artes y Ciencias Sociales, Arcis. Email: oblanco4@gmail.com

pudiendo ser concebidos como límites estructurales para la acumulación capitalista y, por consiguiente, fuentes para una crítica global anticapitalista.

PALABRAS CLAVE

Desplazamientos geográficos – proletarización del trabajo – externalidades y costos medioambientales – renta y monopolio de la tierra.

1) SOLUCIÓN ESPACIAL Y PROLETARIZACIÓN URBANA

La lucha de clases y la devastación capitalista hacia el medioambiente son dos fenómenos que tienen un correlato espacial y pocas veces son vistos como procesos paralelos dentro de la intelectualidad de izquierda. Tanto desde el marxismo como desde la ecología radical, pocos puentes de convergencia se han establecido. El objetivo principal del presente artículo tiene relación con la profunda necesidad de articular en una misma teoría a la explotación al trabajo y a la crisis medioambiental. Es necesario advertir al lector que esta es una cuestión que no podemos resolver en toda su complejidad en un texto tan modesto como éste, pues se trata apenas del inicio de un trabajo de mayor envergadura. Aquí sólo mostraremos algunos elementos principales para la configuración de un marco teórico y político de convergencia entre marxismo y ecología.

Comenzaremos señalando que los procesos que veremos en este texto tienen una dinámica territorial. Paradójicamente para el sistema capitalista, la convergencia entre estos fenómenos comienza a convertirse en una frontera estructural, develando hasta qué punto el capitalismo posee límites materiales dados dentro de las fronteras espaciales mismas. La génesis y desarrollo del sistema capitalista moderno europeo ha tenido una deriva expansiva de salida a la conquista del planeta. La genealogía tiene como hito fundamental a la conquista y colonización de América, la cual desde su inicio significó la búsqueda de riqueza, territorios y fuerza de trabajo. El “nuevo mundo” es una metáfora persistente que se ha venido dando desde entonces: la modernidad capitalista una y otra

vez va en búsqueda de nuevos territorios. Desde su génesis, la modernidad capitalista piensa al planeta como infinito; la paradoja radica en que los límites físicos y consecuencias de la expansión productiva son todo lo contrario. El capitalismo se vuelca hacia el planeta una y otra vez, sin embargo, hoy estamos viendo límites estructurales que muestran un agotamiento crítico de esta “solución espacial”. Son los propios límites físicos del planeta los que representan la crisis estructural del sistema capitalista.

Una vez dicho esto, exponamos lo que hemos llamado el primer límite estructural, esto es, el primer desplazamiento espacial implicado en la lógica capitalista y relacionados con los costos de la fuerza de trabajo. En un primer momento, podemos pensar en la migración: es cierto que se trata de una tendencia muy clara en el actual sistema capitalista el hecho de que orbiten –junto con mercancías y distintas formas de capital– itinerarios migratorios y de desplazamiento masivo de las personas en distintas zonas geográficas. Pese a los obstáculos impuestos desde el Estado (a diferencia de la movilidad espacial de capital y mercancías), la migración legal o ilegal de seres humanos a lo largo y ancho del planeta es especialmente evidente en el actual momento “globalizador”.

No obstante, aparte de las masas migratorias hacia territorios con mejores oportunidades de vida, es posible sostener también que la migración no afecta sólo a las personas, sino que también a las empresas mismas. De hecho, la globalización neoliberal tiene como una de sus principales premisas la apertura de las fronteras por parte de las empresas y compañías. Generalmente, esta migración de las actividades productivas es hacia zonas que representan mayor conveniencia según el tipo de cambio monetario (América Latina, Asia, etc.). Esta expansión geográfica sirve como principal mecanismo para la “solución espacial” del problema de la sobreacumulación, entendida como superación de las contradicciones internas propias de la territorialidad de la acumulación de capital y la crisis que éstas generan (Harvey, 2007a; 2010).

Un concepto clave para entender porqué el sistema capitalista en su conjunto obliga a los saltos geográficos o “soluciones espaciales” es el concepto de la “sobreacumulación”, que en la economía política marxista ha sido identificado como el fenómeno principal de las actuales crisis del sistema capitalista que se han venido desarrollando desde el 2008 hasta hoy (Chesnais, 2010). Harvey define al concepto como un fenómeno inherente a la dinámica del capitalismo: indica el detenimiento del flujo y, por tanto, la crisis de acumulación misma (Harvey, op.cit). Es decir, la sobreacumulación que se da en una determinada “regionalidad”⁶⁴ o territorio implica la existencia de un *exceso de fuerza de trabajo (desempleo creciente) y de excedentes de capital, esto es, un exceso de mercancías en el mercado de las que es imposible deshacerse sin pérdidas, volviéndose capacidad productiva ociosa y/o excedentes de capital monetario sin salida en inversiones productivas y rentables* (Harvey, 2006; 2007a; 2007b: 79-110; 2010). Lo importante es que para saltar el obstáculo de la sobreacumulación, el sistema capitalista realiza operaciones expansivas de territorio, transformando las relaciones sociales y de poder, así como también desarrollando mercados cada vez más artificiales tanto en los ámbitos de los bienes materiales como en los afectos humanos.

Todo intercambio de bienes y servicios –incluido el intercambio de fuerza de trabajo– supone cambios permanentes de ubicación: red de movimientos espaciales que

⁶⁴ El concepto de “regionalidad” no puede ser confundido con las regiones político administrativas. Para Harvey, la “regionalidad” remite al proceso en el cual se configuran de forma relativamente estable unas redes de intercambios geográficamente situadas durante un determinado período de tiempo (Harvey, 2006; 2007a). Vale decir, la regionalidad es el proceso molecular de reterritorialización caracterizado por “economías regionales que consiguen durante un tiempo cierto grado de coherencia estructural en la producción, distribución, intercambio y consumo” (ibíd.: 88). Tal y como señala este autor, “las inversiones en el ambiente construido efectivamente definen espacios regionales para la circulación del capital. Dentro de esos espacios, la producción, la distribución, el intercambio, el consumo, el abastecimiento, la demanda (particularmente para la fuerza de trabajo), la lucha de clases, la cultura y los estilos de vida están juntos dentro de un sistema abierto que, sin embargo, exhibe algún tipo de “coherencia estructurada”” (Harvey, 2006: 42).

generan una geografía particular caracterizada por divisiones geográficas del trabajo. Esta dimensión territorial del neoliberalismo tiene diferentes aristas, siendo dos de las más importantes las relacionadas con el presente artículo: (1) la especialización de ciertos territorios (y de su fuerza de trabajo local) en determinadas actividades productivas y (2) los recursos naturales (esto último lo veremos más adelante).

El primer eje o límite estructural del cual nos estamos abocando ahora consiste entonces en la práctica capitalista de ir a asegurar las tasas de ganancia desplazando industrias y centros productivos hacia zonas geográficas periféricas más convenientes (fuerza de trabajo más barata que el centro). Una cuestión central en este fenómeno es entender que no sólo es una cuestión ligada a decisiones económicas tendientes a reducir costes y, por tanto, aumentar la tasa de ganancia. Si definimos al salario como la forma jurídica de repartición del producto, lo que hay aquí no es sólo un problema de costes, sino que un problema político, de lucha de clases en determinados territorios. Las demandas de salarios de las clases proletarias de las sociedades capitalistas más ricas representan costos muy altos que merman la tasa de ganancia del capital, obligando a la desterritorialización de las empresas. Muchas de las grandes empresas transnacionales operan bajo la lógica de la migración hacia zonas monetarias favorables, buscando mano de obra barata y Estados locales que les pongan reglas del juego favorables para su acumulación. El desplazamiento puede ser total o, como los mandamientos post-fordistas indican, en forma de “red”.

En suma, frente a la sobreacumulación y las demandas proletarias por ventajas y derechos, el desplazamiento geográfico aparece como “la reubicación de determinados sectores de la producción en otras zonas de la economía-mundo que se encuentran en áreas con más bajos salarios en promedio” (Wallerstein, 2005: 65). Las diferencias entre las áreas monetarias del sistema internacional permiten que para cualquier industria proveniente de una economía poderosa, juegue a su favor el tipo de cambio de la economía con una zona monetaria con mayor valor. En el caso de las empresas de EE.UU., a ello hay que sumarle el hecho de que frente a cualquier moneda local, el actual sistema

monetario internacional se basa en el patrón basado en la hegemonía del dólar y Wall Street (vale decir, la capacidad de “señoreaje” de su propia moneda o capacidad para imprimir dinero cuando hay dificultades)⁶⁵.

Aquí podemos situar un nuevo elemento a nuestra exposición. En efecto, esta forma de enfrentar la lucha de clases en los territorios nacionales por la vía de la fuga hacia territorios externos “depende de que siempre existan nuevas áreas en el sistema-mundo en las cuales reubicarse, y esto depende de la existencia de un importante sector rural que aún no se haya enganchado al mercado del trabajo asalariado” (Wallerstein, op.cit: 65). De este modo, la proletarización de la población necesita –según pregona la teoría clásica– de unas masas de migrantes rurales disponibles para iniciar el ciclo que Marx denominaba como la “acumulación originaria” y que Harvey llamó como “acumulación por desposesión” (Harvey, 2010). Mediante este último concepto, Harvey sitúa a la “acumulación originaria” descrita por Marx como algo que está lejos de ser una “etapa original” ya superada, ubicada en la génesis del sistema. Según este autor, la “acumulación por desposesión” implica un conjunto de prácticas depredadoras tremendamente vigentes (Harvey, 2007a: 116).

⁶⁵ Peter Gowan demuestra que el señoreaje es una práctica propia del actual régimen dólar Wall Street que reemplazó al régimen de Bretton Woods. Todos los países del mundo deben ganar o pedir prestada una moneda extranjera (divisa), generalmente el dólar, para poder hacer negocios en el mercado internacional. Sin embargo, este problema no existe para EE.UU., simplemente porque la moneda internacional es el dólar y EEUU no necesita ganar dólares en el exterior puesto que los imprime en su propio territorio (ibíd.: 45). Sin un patrón que limite su emisión (como en el sistema del patrón-oro de Bretton Woods), los dólares estadounidenses hoy en día se emiten arbitrariamente. Es decir, EE.UU. puede gastar mucho más en el exterior de lo que allí gana, pudiendo montar costosas bases militares en diferentes partes del planeta, sin la restricción de divisas e, inclusive, con déficits en su balanza comercial. Además, sus corporaciones multinacionales pueden adquirir otras compañías en el extranjero o involucrarse en otras formas de inversión en el exterior sin sufrir constricciones de pagos. El sistema está diseñado para mantener –aunque de forma cada vez más decadente y dependiente del capital financiero que lo absorbe– su propia hegemonía (Blanco, en prensa).

Tanto la “acumulación originaria” como la “acumulación por desposesión” son conceptos que remiten a una lógica geográfica expansiva y desterritorializante del capital con el objeto de la proletarización de masas campesinas desposeídas de la propiedad de la tierra. Se trata de un conjunto de prácticas que le permiten al sistema saltar el obstáculo de la sobreacumulación que surge cuando el capital se encierra físicamente en una “regionalidad”. De esta forma, el capital posee una lógica expansiva no necesariamente equilibrada. Pero, además, la expansión geográfica del capital se hace en base a la acumulación por desposesión consistente básicamente en la mercantilización y privatización de la tierra, proceso que corre en paralelo a la expulsión de las poblaciones campesinas.

Ahora bien, lo que sostengo aquí es que la urbanización planetaria tiende a problematizar la tesis clásica de la proletarización por la vía de la migración campo-ciudad. Aquí es donde podemos ofrecer el nuevo elemento a nuestra argumentación, señalando que los *mecanismos de la acumulación por desposesión necesitan de un referente dado por los procesos migratorios campo-ciudad que, precisamente, comienzan a escasear toda vez que aceptemos la tesis lefebvriana*—basada en premoniciones de Marx— *de la urbanización de la sociedad capitalista* (Lefebvre, 1972). La proletarización de masas rurales es algo que, precisamente, se está volviendo tremendamente difícil, ya que “la desruralización del mundo se encuentra en una pronunciada curva ascendente” (Wallerstein, op.cit: 65). Las masas expulsadas de la propiedad de la tierra y que ofrecían una débil capacidad de resistencia (“acumulación originaria” y “acumulación por desposesión”) comienzan a conformar un fenómeno de congregación de los trabajadores en las ciudades, al mismo tiempo que la necesidad de reclutamiento proletario de masas marginales urbanas comienzan a generar procesos de resistencia comunitaria de toda índole: “la dispersión de los trabajadores rurales por grandes superficies rompe al mismo tiempo su capacidad de resistencia, mientras que la concentración aumenta la de los trabajadores urbanos” (Marx, 2002: 524).

Si bien la acumulación por desposesión de la tierra por parte de masas rurales ha sido un fenómeno evidentemente presente a lo largo de la historia (desde la colonización de América hasta la periferización de América Latina, África y Asia), la urbanización planetaria nos enfrenta a otro proceso completamente nuevo y, por eso mismo, a un límite crítico estructural a la acumulación capitalista. Nos encontramos aquí con que *el escenario de la proletarización se reproducirá fundamentalmente en la urbanización de la periferia*. La urbanización de la periferia global es el nuevo escenario de procesos de reclutamiento de masas que *ya residen ahí*, y a las cuales habrá que romper y desintegrar en sus fortalezas comunitarias y de capital social para convertirlas en dóciles masas proletarias.

La urbanización del planeta es un escenario real. Para el año 2007, por primera vez en la historia de la humanidad, la población urbana del planeta ha sido superior a la rural (Davis, 2007). Pero, además, este es un fenómeno del Tercer Mundo: los ritmos demográficos son exponenciales en las sociedades llamadas “en vías de desarrollo”. Nadie sabe si semejantes concentraciones de pobreza son biológica o ecológicamente sostenibles, aunque, de hecho, la tendencia que se está observando es la contraria. Comenzamos a ver a nivel planetario un vasto y horrendo almacén de seres humanos desterrados de la economía mundial en ciudades pobres “hiperdegradadas” (ibíd.). El precio de este crecimiento urbano será el aumento de las desigualdades entre ciudades de diferentes tamaños y especializaciones económicas, así como lo que Massey (2008) denomina como la diferencia geográfica interna en las mismas ciudades o regionalidades. El antiguo abismo de ingresos y desarrollo entre campo-ciudad está siendo reemplazado por un abismo igualmente profundo entre ciudades pequeñas y las gigantescas metrópolis, así como las diferencias entre las élites urbanas y las masas de marginados urbanos.

Esto hace que, en muchos casos, la población rural no tiene que emigrar a la ciudad: la ciudad llega hasta ellos. Nuevos lugares revisten una apariencia hermafrodita. Una forma que no es ni rural, ni urbana, sino una mezcla de las dos, donde una densa red

de transacciones liga los grandes núcleos urbanos a las regiones que les rodean. Este urbanismo difuso es el paisaje del siglo XXI, tanto en los países ricos como en los pobres e independientemente de la dinámica urbana anterior.

Tal y como señalé más arriba, los escenarios de las luchas de clases serán las ciudades mismas, las que se constituirán como redes policéntricas, sin el tradicional centro ni periferias reconocibles. En los términos de Henri Lefebvre, ello implica que el carácter de la sociedad urbana es cada vez más la de un “espacio diferencial”, a la vez isotópico, heterotópico y utópico, un espacio que está y estará siempre al mismo tiempo centrado y poli-centrado (Lefebvre, op.cit). En otros términos, el desplazamiento geográfico del capitalismo produce y reproduce el territorio, pero no de forma homogénea. El espacio producido por la lógica productiva y reproductiva del capitalismo está marcado por lo que Harvey bautizó como “desarrollo geográficamente desigual”, el cual posee tendencias simultáneas hacia la homogeneización, la fragmentación y la jerarquización. La distinción entre lo urbano y lo rural se ha desdibujado a medida que las ciudades crecen sobrepasando o rodeando pequeñas ciudades y pueblos.

Pero no sólo la frontera entre lo urbano y lo rural se hace más difusa, sino también hay una desconcentración industrial dirigida hacia la periferia metropolitana y espacios periurbanos que rodean a las megaciudades. Tal y como lo avizora Mike Davis, en las grandes ciudades del siglo XXI serán los espacios periurbanos los que concentrarán la reproducción de la fuerza de trabajo. Esto se acompaña a otra tesis que podemos rescatar del trabajo de Davis, para quien los procesos de urbanización están alejados de la industrialización. En efecto, la urbanización del Tercer Mundo no es –como lo había sido en los tiempos del Manchester que conocieron Marx y Engels– una urbanización relacionada con el florecimiento de la industria capitalista. En la mayoría de los países en desarrollo, el crecimiento de las ciudades carece por completo del motor de las exportaciones y el crecimiento industrial, por lo que las urbes del siglo XXI no son las grandes concentraciones planificadas en torno al crecimiento económico. Desde mediados de la década de los 80, las grandes ciudades industriales del hemisferio sur

(Bombay, Johannesburgo, Buenos Aires, Belo Horizonte, Sao Paulo, etc.) han sufrido el cierre masivo de empresas y un progresivo desmantelamiento industrial. En suma, la urbanización de los países en vías de desarrollo de África y América Latina se ha producido totalmente al margen de la industrialización y del crecimiento económico (ibíd.: 24-25).

La urbanización del planeta –fenómeno que, insistimos, es explosivo en las sociedades del Tercer Mundo– problematiza la tesis de la proletarización de las masas migrantes rurales, obligando a las clases burguesas a buscar nuevas formas de reclutamiento. La urbanización planetaria es ya en sí misma una fuerte crisis estructural a la forma en que la clase capitalista tenía para asegurar su tasa de ganancia por la vía de la explotación: “una vez que se haya desruralizado todo el sistema-mundo, la única opción para los capitalistas será continuar la lucha de clases allí en donde están hoy” (Wallerstein, op.cit: 66). Y este lugar –repetimos– es la ciudad misma. La lucha de clase se hará en las ciudades, mientras que el reclutamiento proletario se tendrá que hacer a partir de una población que, en el caso de las ciudades del Tercer Mundo, sobreviven marginalmente, pero, a su vez, están dispuestos a mantener una presión sobre los niveles salariales que lleva a un estrechamiento de los márgenes de ganancia capitalista (ibíd.: 66).

La pregunta a futuro es espacial: “¿Qué espacios quedan en la economía global para nuevas reubicaciones espaciales que permitan absorber el capital excedente?” (Harvey, 2010: 181). El planeta ya no representa la infinitud que estaba en el imaginario de la modernidad colonial-imperialista europea y norteamericana. Permítaseme dar un ejemplo: para Chesnais, “China ofrece al capitalismo mundial su último gran mercado y le ofrece esta base social de un proletariado muy numeroso, bien formado tecnológicamente y extraordinariamente disciplinado y sumiso. Sumisión que se apoya en la existencia de un gran ejército industrial de reserva como colchón” (Kornbliht, 2006). Chesnais prosigue diciendo que “de cierta manera, podemos decir que el futuro de la lucha de clases mundial hoy está condicionado por los ritmos y las formas de lucha de la resistencia del proletariado chino a la explotación y a la capacidad que pueda mostrar para organizarse y combatir a la burocracia del Estado” (ibíd.). Para Harvey, China y el ex

bloque soviético se han integrado en el mercado global, así como el sur y sudeste de Asia. Si bien África no está del todo integrada, todo indica que no tiene capacidad suficiente para absorber todo el excedente de capital, abriendo la pregunta respecto de las nuevas líneas de producción que se puedan abrir para impulsar el crecimiento (Harvey, 2010: 181).

2) COSTOS MEDIOAMBIENTALES, RENTA Y MONOPOLIZACIÓN DE LA TIERRA

Tal y como señalé al inicio del presente artículo, no me es posible desarrollar las distintas aristas teóricas y filosóficas sobre la convergencia entre marxismo y ecología (Foster, 2000; Sabbatella, & Tagliavini, 2011). Más bien, intento abordar la compleja relación entre marxismo y ecología en un nivel concreto, mostrando el desplazamiento geográfico del trabajo y de los costes medioambientales de las actividades productivas. Mi intención, en este punto del argumento, es señalar que *tales desterritorializaciones implican la superación de las escalas estatales, así como el alcance local/global de la crisis actual.*

De esta forma el segundo elemento que expondré a continuación es interesante porque, al igual que con el caso de los costos de la proletarización del trabajo visto en el acápite anterior, se trata de un límite estructural a la acumulación capitalista que obligará, tarde o temprano, a reformular nuevas lógicas, dinámicas y prácticas de los agentes sociales a nivel local y global. Nuevamente, *esto está ocurriendo principalmente en territorios del Tercer Mundo, donde los países sostienen sus economías bajo modelos extractivistas de sus materias primas y recursos naturales, muchas veces bajo la tutela de la dominación extranjera e, inclusive, bajo la modalidad de economía de enclave y bajo rígidas formas de dependencia y subdesarrollo.* Como fuese, la crisis medioambiental en aspectos energéticos, hídricos y de contaminación comienza a ser un “punto de no retorno”, factor que comienza a ser decisivo en el cambio del modelo económico, político y social, así como a una recomposición de las relaciones centro-periferia.

Este segundo límite estructural expresa una práctica de externalización de costos que ya no será posible seguir sosteniendo. Tal y como lo sostuvimos con el caso del despliegue geográfico a partir de la proletarización de masas de zonas periféricas, aquí también observamos la tendencia al desplazamiento territorial. La hipótesis que sostenemos es la siguiente: *la desterritorialización de los costes hacia zonas periféricas hace que el “coste privado marginal” (coste adicional correspondiente a una unidad adicional de producción) no sea asumido como “coste privado marginal” (coste de producción que soporta el productor de un bien), sino que, por el contrario, sea transformado en “coste social” (coste marginal de producción que no es soportado por el productor, sino por la sociedad).* En suma, *la desterritorialización de los costes medioambientales hace que las empresas no los asuman como costes de producción y dejen el problema como un problema social.*

Dicha desterritorialización implica una invisibilización de los costes medioambientales que los procesos productivos y extractivos traen consigo. Expliquemos más detenidamente esto. Digamos que existen costos en los procesos productivos y extractivos que no son asumidos por las empresas (descargas tóxicas a los ríos, contaminación del aire, salinización del océano, aumento de temperatura del mar, calentamiento global, etc.). Por ejemplo, si el tratamiento de determinadas materias primas produce desperdicios tóxicos, parte de este costo que debiese asumir la empresa se relaciona con las tareas relativas a deshacerse de estos desperdicios. Obviamente, toda compañía o empresa deseará minimizar tales costos ligados a los desechos. Tal y como lo señala Wallerstein, una forma en que lo pueden hacer –y que, de hecho, es una de las maneras que más se practican– consiste en ubicar este desperdicio en algún lugar distante de la fábrica tras una mínima desintoxicación (Wallerstein, 2001; 2005: 66). Este procedimiento de “exteriorización de costos” es un elemento que muchas veces se vuelve algo muy difícil de determinar y medir en las evaluaciones de impacto ambiental. En efecto, para seguir con el ejemplo recién dado, “si las toxinas se tiran en un río, esto podría envenenarlo y eventualmente (tal vez después de décadas) las personas o bien

otros materiales saldrán perjudicados, a un costo que es real, si bien difícil de determinar” (ibíd.).

Aquí aparece una cuestión ligada a la lucha política y al poder que puedan tener las empresas, así como la pasividad de acción de los Estados. En efecto, las empresas y gran parte de la sociedad civil esperan que sean los Estados quienes asuman estos costos que representan estas externalidades negativas al medioambiente. Algunos textos de economía no marxista incluyen el argumento a favor de la intervención del Estado basados en que las externalidades medioambientales reflejan “fallos de mercado” (Stiglitz, 2003). Es así como “el hecho de que el mercado no recoja plenamente los costes y beneficios de una transacción constituye un ejemplo clásico de fallo del mercado y un caso en el que podría desempeñar un papel importante el sector público” (ibíd.: 514). Las respuestas políticas a los problemas medioambientales –bajo formas tan disímiles tales como impuestos, subvenciones, permisos comerciables, etc.– surgen “a medida que crece el reconocimiento de las externalidades negativas asociadas a la contaminación y a otros problemas medioambientales”, donde “los procedimientos alternativos que puede utilizar el Estado para reducir sus efectos nocivos han recibido una atención considerable de los economistas y de otros colectivos” (ibíd.: 517).

Los mercados pueden no producir resultados eficientes por varias razones. Por ejemplo, un grado de competencia menor al contemplado en los modelos básicos, es decir, estar frente a un caso de competencia imperfecta. El problema es que, precisamente, las externalidades medioambientales dan cuenta de mercados que nunca son perfectos. Esto último debido principalmente a algo que es muy importante para nuestra exposición y que constituye un nuevo elemento de nuestro argumento: *la monopolización de la tierra y sus recursos* (un caso claro de competencia imperfecta). Esto muestra hasta qué punto los modelos económicos tradicionales contemplan al Estado como el principal agente para “corregir” los problemas de los fallos de mercado, pero sólo como agentes reguladores, no cómo garantes de una propiedad colectiva de la tierra. El Estado podrá poner “reglas del juego”, *pero difícilmente podrá corregir el problema del*

monopolio y renta de la tierra, cuestión crucial en la acumulación capitalista y crisis medioambiental, tal y como lo veremos a continuación.

Lo interesante no sólo es indicar que los modelos económicos de equilibrio perfecto simplemente no ocurren en la realidad. Más bien, importa mostrar que (1) se asume que el principal agente para corregir estos problemas es el Estado, no las empresas, cuestión que pone al Estado como agente regulador, pasando la propiedad de la tierra y sus recursos al plano privado; (2) que las externalidades provienen de la privatización de los medios naturales (la tierra misma); (3) que la monopolización de la tierra es el centro de las dinámicas a superar por parte del poder del Estado: si esto no es así, sólo estamos frente a medidas reformistas que no enfrentan el problema de raíz.

La situación actual indica que *la propiedad de la tierra es privada, pero los costos de las actividades productivas y extractivas son sociales*. Incluso esto se puede entender en los múltiples casos donde el Estado concede por determinada cantidad de años la explotación de la tierra y sus recursos a privados. En el fondo, nos enfrentamos a la compleja relación entre acumulación (capitalista) y regulación (política), cuestión que está muy alejada a la tendencia al equilibrio. De hecho, si lo traducimos a un lenguaje sociológico de clases sociales, estamos frente a un proceso que involucra dos agentes con lógicas diferentes, pero curiosamente muy complementarias en el orden capitalista neoliberal. En efecto, mientras la desterritorialización de los costes remite a una lógica de acumulación y ganancia de la clase capitalista, la regulación y reglas del juego remiten a una lógica de fijación territorial propia de la clase política. El problema es que, *en especial en las sociedades del Tercer Mundo, la correlación de fuerzas entre acumulación y regulación, entre clase burguesa y burocracia del Estado, es asimétrica a favor del capital*. En efecto, estos países “en vías de desarrollo” tienden a desplegar estrategias de crecimiento con regulaciones muy blandas para la entrada del capital extranjero.

La pregunta respecto de por qué la acumulación capitalista es más poderosa que la regulación política tiene que ver con la “renta de la tierra”, fenómeno ya conceptualizado

por Marx (Tanuro, 2008). En efecto, *la riqueza del capital y la debilidad de la regulación política parten del hecho clave de que la tierra es monopolizada por el primero, cuando debería ser lo contrario, en especial en los casos de recursos naturales y bienes comunes.* Esto no sólo se aplica a la producción agrícola, sino también a bosques, selvas, ríos, canteras, campos, etc., vale decir, todo tipo de recursos naturales que puedan ser objeto de apropiación privada. En Chile, un recurso supuestamente común como el agua es comúnmente usufructuado por privados usando subterfugios legales, siendo acaparado en la práctica como si fuese un recurso privado.

Agreguemos un elemento más en nuestro argumento. La tierra es un factor productivo en sí mismo y esto está relacionado con la pasmosa lentitud con la que los intereses económicos globales están reaccionando frente a la amenaza medioambiental. Vale decir, *a la desterritorialización de los costes medioambientales se suma la lentitud para el cambio y medidas medioambientales.* Esto remite, nuevamente, a la simetría en la correlación de fuerzas entre la lógica de la acumulación capitalista y la lógica de la regulación política.

Un ejemplo de lo que aquí estamos hablando son las exorbitantes cifras que se manejan en torno a la renta petrolera. Éstas son en sí mismas una gran razón por la cual las clases capitalistas hegemónicas a nivel global –y el Estado norteamericano desde la Administración Nixon hasta hoy– han actuado con tanta lentitud en el reemplazo de la energía fósil. El mercado del combustible es completamente imperfecto, pues no se cumplen la hipótesis de los modelos económicos básicos. Es decir, ni el mercado es perfecto, ni los Estados están preocupados de “corregir” dichas imperfecciones que están generando graves consecuencias medioambientales.

Repetimos: el elemento clave aquí es el territorio, donde al ser un recurso que se puede apropiar, resulta fácilmente monopolizable y, por tanto, privatizable. Quien se apropia de la tierra se apropia de un recurso limitado. Dicho carácter del suelo y de las riquezas del subsuelo resultan ser la condición esencial para su apropiación por parte de

las élites dominantes, privatizándolas y circundándolas y, con ello, expropiándolas de formas de propiedad comunal.

En términos simples, no es posible expropiar ni privatizar algo que sea de alcance universal. Por definición, *la tierra es limitada y de ahí que es convertida en el primer factor a apropiarse por toda clase dominante*. De hecho, el concepto de “acumulación originaria” (Marx) y la “acumulación por desposesión” (Harvey) que vimos en el acápite anterior son formas de apropiación de la tierra en tanto recurso limitado y privatizable. Por todo esto, *la tierra y sus habitantes son parte de un mecanismo de apropiación de sumo interés para la lógica de la acumulación de capital*. Al apropiarse el recurso de la tierra, se deja a los antiguos habitantes en una situación absoluta de despojo, separados de sus antiguos medios de producción y obligados a su reconversión en el proletariado que lo único que posee es su fuerza de trabajo. Tal y como lo apuntamos en el acápite anterior, las comunidades locales, muchas veces indígenas y/o campesinas, están siendo despojadas de sus tierras y recursos, así como también están siendo desplazadas hacia las urbes. Esta es una realidad actual a lo largo y ancho del continente americano.

Por lo tanto, a las externalidades medioambientales se le suma el saqueo y apropiación de la tierra misma. Dicho de otra forma, la renta producto de la privatización de la tierra tiene un correlato en la monopolización de las fuentes de energía, la cual posee significativos impactos medioambientales. Ahora bien, *los costes medioambientales y despojo/privatización de la tierra son dos caras de la misma moneda: dos procesos ligados a la búsqueda incesante de renta de la tierra*.

Respecto de la monopolización de las fuentes de energía producto de la privatización y despojo de la tierra, su reemplazo por nuevas formas de suministro provoca fuertes pérdidas a las megaempresas y Estados que las controlan. Tal y como sostiene Tanuro, “la renta [de la tierra] es la gallina de los huevos de oro. Para salvarla, el muy poderoso sector del capital invertido en la industria energética prefiere lanzarse a la explotación costosa, contaminadora y energívora de los esquistos bituminosos, o a las

tecnologías del “carbón limpio” (con almacenamiento geológico de CO₂), antes que al desarrollo prioritario de la energía solar fotovoltaica. Aunque esto sea absurdo desde el punto de vista de la gestión duradera de los recursos, es completamente racional desde el punto de vista del “desarrollo sostenible” de las ganancias. En efecto, es imposible percibir una renta por la radiación solar como tal. Flujo energético difuso, difícilmente apropiable y casi ilimitado a escala humana, *la energía solar puede desde luego generar ganancias, pero sólo puede convertirse en fuente de sobreganancia en el sector energético con su conversión en productos monopolizables, generados en superficies terrestres –y por tanto limitadas– acaparadas por el capital*. La absurda carrera de los agrocarburos y de la biomasa en general como fuente de energía alternativa se explica sobre todo por el hecho de que las plantas verdes tienen la propiedad de transformar la inasible energía luminosa en energía química apropiable y almacenable en suelos generadores de renta” (Tanuro, op.cit: 5; cursivas mías O.B.).

La monopolización de la tierra y la obtención de renta de ella evidencian la radical importancia de la dimensión territorial. Podemos postular ahora una hipótesis importante: *transformar el actual modo de producción no implica sólo la eliminación de la propiedad privada de los medios productivos, sino que también la eliminación de la propiedad privada de la tierra misma*. Quien posee la renta de la tierra busca prolongar esta situación de beneficio y no está dispuesto –a no ser que tenga incentivos económicos palpables– a cambiar las cosas. La propiedad de medios de producción es antecedida por la propiedad privada de la tierra y las consecuentes ganancias (rentas) que esto trae consigo. La propiedad y monopolización de la tierra muestra hasta qué punto el control del espacio es una forma central de poder social: se ejerce como poder de un grupo o clase social sobre el resto o bien en forma de imperialismos, como poder de un pueblo sobre otro (Harvey, 2010: 172).

En el caso de la crisis medioambiental, este elemento es evidente. La expansión territorial conduce a inversiones en distintas geografías o regionalidades, buscando fuentes de materias primas, trabajo barato y nuevos mercados. Este proceso de captura

de tierras muestra un afán por captar porciones de territorios lucrativos por todo el planeta. En cierta medida, la desconfianza de cierto pensamiento marxista hacia las tendencias “verdes” remite a que la defensa del medioambiente y la eficiencia energética ya han sido incorporadas dentro de la lógica de acumulación capitalista y que no apuntan a una crítica radical de la propiedad privada de la tierra. En efecto, la crítica eco-marxista pasa, aparte de la socialización de los medios de producción, por la crítica a la monopolización de la tierra en tanto factor productivo rentable. La crisis medioambiental y las externalidades deben traducirse en una crítica profunda a la privatización de la tierra.

Mostremos otro ejemplo: el caso de la monopolización de tierras para producir comida y cultivos que sirven de insumo para biocombustibles, actualmente altamente apetecidos. Actualmente se estima que alrededor de treinta millones de hectáreas de tierra, la mayor parte de ellas en África, han sido recientemente adquiridas o están en proceso de privatización (Tanuro, op.cit). Más aún, el caso de los agro-combustibles muestra hasta qué punto el “capitalismo verde” es una quimera que no tiene efectos significativos en la eficiencia energética. Este nicho de mercado ha permitido la concentración de una industria con inversionistas norteamericanos y brasileños que ha resultado altamente dependiente de subsidios estatales, *lobby* y créditos otorgados por organismos multilaterales y que controla el 87% del mercado mundial⁶⁶. Pero, además, el equivocado incentivo a los agro-combustibles ha sido perjudicial para el medio ambiente, ya que la energía que se consume es en realidad mayor a la que se supone que debería ser con el uso de estos nuevos insumos (Magdoff & Foster, 2010). La eficiencia energética en el uso de agro-combustibles no genera una reducción directa del consumo energético, sino que, muy por el contrario, estimula su aumento. Se trata de un ejemplo de lo que se conoce como “paradoja de Jevons”: “es absolutamente una confusión de ideas suponer que la utilización económica de combustible es equivalente a una disminución del consumo. La verdad es todo lo contrario” (Honty, 2014). En suma, los agro-combustibles han puesto a los alimentos y los combustibles de los automóviles en competencia directa,

⁶⁶<http://www.connectas.org/project/et/es/index.html>

a expensas de los primeros, además de reducir la eficiencia energética global (Magdoff& Foster, op.cit)⁶⁷.

El capitalismo verde también ha llegado al mercado energético “alternativo”. Es el caso de las centrales fotovoltaicas y las placas solares térmicas. En efecto, cualquier medida tendiente a descentralizar el suministro de energía –por ejemplo, instalación de paneles en todas las viviendas y construcciones de las ciudades, etc.– se convierte en algo completamente contradictorio y crítico al monopolio energético, vale decir, a la capacidad de renta de la tierra. Estos casos sólo los veremos –hasta que no cambien las cosas– como experiencias aisladas, más nunca universales. De hecho, todos los actuales avances en la investigación de dispositivos energéticos alternativos están actualmente monopolizados: se realizan en instalaciones de producción centralizadas (Tanuro, op.cit: 6). En Chile, las experiencias muestran que ninguno de estos proyectos es estatal, vale decir, todos los proyectos pertenecen a empresas privadas que podrán obtener ganancias con estas inversiones, las cuales son vistas por la opinión pública y las autoridades como algo “positivo” y “sustentable”.

Por otro lado, es importante decir que resulta imperioso también reducir la huella ecológica, esto es, reducir el impacto del consumo humano. Esto implica disminuir, o lisa y llanamente frenar, la expansión económica, especialmente de los países más ricos. No obstante, no hay indicios que permitan pensar que la población de los países capitalistas avanzados y de los que están en vías de desarrollo pretenda cambios radicales en su modo de vida (o en los imaginarios consumistas y aspiracionales). Hay una cuestión

⁶⁷ Pero, además, en los mercados de capitales controlados por la especulación financiera existen distintos instrumentos cuyo valor depende o deriva de un activo en bienes, específicamente materias primas, teniendo importantes consecuencias en los precios. Estos últimos ya no dependerán de la oferta y demanda, sino de la cotización de esos papeles especulativos. Por tanto, las materias primas o alimentos entran en el juego de beneficio de los especuladores y no de los consumidores de esos bienes. Este es precisamente el ejemplo del biocombustible, donde los especuladores “anticipan” el precio de los productos agrícolas, por lo que el papel financiero que los representa se cotiza más alto, lo que repercute en el precio real pagado por el consumidor (Teitelbaum, 2008).

significativamente importante en este punto y es que mientras las poblaciones de los países centrales no van a dejar atrás tan fácilmente sus niveles de consumo y estilos de vida, las poblaciones de las zonas periféricas necesitarán aumentar la productividad y explotación capitalista con el objeto de satisfacer sus necesidades.

Para terminar, tal y como en términos generales lo desarrollaron los teóricos de la “teoría de la dependencia”, el sistema global capitalista –así como el desafío de su superación por otro modelo de sociedad– se apoya en una división extensiva del trabajo entre centros industriales y financieros y periferias extractivistas. Esta distribución desigual de actividades económicas y de efectos medioambientales da forma a una arquitectura de burguesías oligárquicas locales y transnacionales, así como de clases burocrático-capitalistas que mantienen estas relaciones de subordinación/dominación jerarquizadas a nivel local y mundial. El sistema-mundo capitalista se va apoyando en divisiones extensivas del trabajo que dibujan lógicas de distribución desigual de las actividades económicas y de los costes al medioambiente. Se deberá recomponer la división global del trabajo y de la distribución de los costes medioambientales si es que se quiere enfrentar de raíz el problema civilizatorio que nos comienza a tocar la puerta.

3) CONCLUSIONES

El capitalismo se enfrenta a límites estructurales que son objetivos y materiales, fenómenos que nos ponen cara a cara con la finitud del planeta y sus recursos, así como con la finitud de nuestra propia sobrevivencia como especie. En el presente artículo, hemos desarrollado un argumento que, al menos, comprende las siguientes cuestiones: (1) una lógica que obliga a la clase capitalista a asumir costos y riesgos, elementos que son a la vez económicos, políticos y sociales; (2) la recomposición de las estrategias de explotación del trabajo humano y la tierra misma por parte de esta clase burguesa local y global. Las formas en que estos dos factores –trabajo y tierra– se conjugan y pueden ser liberados de la acumulación capitalista dentro del futuro a mediano largo plazo es una cuestión crucial tanto a nivel teórico como político. Sin embargo, dada la irracionalidad de

la lógica de la acumulación y de la renta de la tierra, no es posible sostener la tesis de que el cambio vendrá desde la propia vereda capitalista.

A su vez, (3) no es suficiente con transformar las relaciones sociales de producción, sino que también el modo de producción mismo y la propiedad privada de las fuerzas productivas, entre ellas el trabajo, la tierra y sus recursos. Vale decir, la convergencia teórica y política para una crítica anticapitalista debe apuntar a la liberación de estos dos factores: la tierra y sus habitantes. Insistimos en la tesis central de que ambos elementos son los objetos de la lucha de clases a nivel local y global. En efecto, el capitalismo implica la apropiación y manipulación de la fuerza del trabajo y de la tierra, ambos tomados como factores de las fuerzas productivas en una constante vorágine de acumulación. Las corporaciones multi y transnacionales hacen un rastreo de la geografía del planeta en busca de recursos y oportunidades de explotación del trabajo barato y del medioambiente.

Aquí aparece otra cuestión abordada: (4) el problema del Estado. La actuación del Estado neoliberal desmiente a los modelos basados en el equilibrio de mercado y en la asimetría de la relación entre acumulación y regulación. Volver a pensar el problema del Estado implica, a su vez, sobrepasar el problema del carácter “centralizado” de la planificación. La experiencia soviética demuestra lo equivocado de pensar en una vuelta a las decisiones económicas y sociales tomadas por algún “centro” (Löwy, 2009). Además, esta experiencia histórica muestra que el tema de la tierra no fue tomado en cuenta, dando un énfasis más bien hacia la aceleración de la industrialización productivista. De esto podemos deducir que una teoría crítica al capitalismo que busque la convergencia entre marxismo y ecología debe poner en equilibrio tanto la eliminación de la propiedad privada de los medios de producción, así como también la supresión de la propiedad privada de la tierra y explotación de sus recursos.

En quinto lugar, (5) necesitamos que las ciencias sociales se comprometan al estudio y crítica de las dinámicas económico-productivas regionales (locales, nacionales,

internacionales, globales) desde el telón de fondo de las luchas de clases sociales, con el fin de evidenciar el antagonismo por la acumulación de la tierra y la fuerza de trabajo entre agentes que representan la propiedad de medios de producción (burguesías locales y extranjeras), la organización y gestión de la producción (capas tecnocráticas y de profesionales), así como el poder burocrático del Estado (clase política local, nacional y global).

No es posible dejar de mencionar (6) la importancia de la lucha de clases como modelo para interpretar la correlación de fuerzas en el escenario local y global. En efecto, tenemos no sólo la explotación y dominación directa de una burguesía global, sino que también una burocracia estatal pasiva frente a la crisis y la cada vez más necesaria toma de conciencia de las clases subordinadas, tanto en áreas urbanas como rurales.

A su vez, (7), dicha lucha de clases posee un doble movimiento, local y global, territorializado y desterritorializado. En efecto, los dos desplazamientos geográficos que aquí se han expuesto (de los procesos de proletarización y de los costes medioambientales) dan cuenta cómo las relaciones centro-periferia adquieren un nuevo sentido histórico. Esto implica la necesaria reflexión acerca de la composición clasista del proletariado más allá de los límites del viejo keynesianismo industrial-fordista. De hecho, las comunidades locales campesinas e indígenas (con sus modelos de agricultura basada en unidades familiares, granjas cooperativas o colectivistas) ya están enfrentándose a los cuerpos policiales locales y nacionales, así como a las actividades extractivas de las organizaciones multinacionales y a sus métodos destructivos basados en la apropiación de recursos hídricos, el uso intensivo de pesticidas, químicos y organismos genéticamente modificados, la contaminación atmosférica, etc.

Por último, (8) la desigualdad entre los países avanzados y los más retrasados implica entender que estos últimos necesitan satisfacer las necesidades básicas de su población, por tanto, necesitan un nivel de desarrollo mayor. Con ello, se necesitará el perfeccionamiento de actividades creativas del espacio: carreteras, aeropuertos,

instalaciones portuarias, redes de cable, sistemas de fibra óptica, redes eléctricas, sistemas de conducción de aguas y alcantarillado, oleoductos, etc., así como fábricas, hospitales, oficinas y escuelas (Harvey, 2007a). Sin embargo, este crecimiento deberá ser sustentable, es decir, con el objetivo de procurar evitar el actual escenario de crisis de las condiciones materiales de existencia humana y ambientales. Se debe establecer una propuesta de desarrollo que asegure la reproducción de la especie humana en niveles considerados histórica y culturalmente como “decentes” –en especial en los territorios más desfavorecidos por el sistema capitalista y su división global del trabajo, del poder y la dominación–, así como también vigilar que este proceso de satisfacción de las necesidades para la reproducción humana se haga bajo criterios sustentables con los recursos naturales y el medioambiente.

BIBLIOGRAFÍA

- Blanco, O. (en prensa) “Neoliberalismo, financiarización y crisis”, *Escenarios XXI*, Año IV, No. 18.
- Chesnais, F. (2010) “Crisis de sobreacumulación mundial. Crisis de civilización”, *Revista Herramienta*, No 5. Consultado el 15/09/2014
<http://www.herramienta.com.ar/herramienta-web-5/crisis-de-sobreacumulacion-mundial-crisis-de-civilizacion>
- Davis, M. (2007) *Planeta de ciudades miseria*, Akal, Madrid.
- Foster, J. B. (2000) *La ecología de Marx. Materialismo y naturaleza*, El viejo Topo, Madrid.
- Gowan, P. (2000) *La apuesta por la globalización. La geoeconomía y la geopolítica del imperialismo euro-estadounidense*, Akal, Madrid.
- Harvey, D. (2006) *Notas hacia una teoría del desarrollo geográfico desigual*, Cuadernos de Geografía y Ciencias Sociales Teorías contemporáneas de la Geografía, UBA-FFyL, Buenos Aires.
- ----- (2007a) *Breve historia del neoliberalismo*, Akal, Madrid.

- ----- (2007b) *El nuevo imperialismo*, Akal, Madrid.
- ----- (2010) *El enigma del capital y las crisis del capitalismo*, Akal, Madrid.
- Honty, G. (2014) “La eficiencia energética: una amenaza para el cambio climático”, *América Latina en movimiento*. Consultado el 26/10/2014.
<http://alainet.org/active/75374>
- Kornbliht, J. (2006): “China es la única base del capitalismo mundial”, entrevista a François Chesnais, *El Aromo*, No 3. Consultado el 15/09/2014
<http://www.razonyrevolucion.org/textos/elaromo/secciones/economia/aromo33chesnais.pdf>
- Lefebvre, H. (1972) *La revolución urbana*, Alianza, Madrid.
- Löwy, M. (2009) “Ecosocialismo: hacia una nueva civilización”, *Revista Herramienta*, Nº 42. Consultado el 15/09/2014
<http://www.herramienta.com.ar/revista-herramienta-n-42/ecosocialismo-hacia-una-nueva-civilizacion>
- Magdoff, F. & J. B. Foster (2010) “What Every Environmentalist Needs to Know About Capitalism”, *Monthly Review*, Vol. 61, No. 10. Consultado el 15/09/2014
<http://monthlyreview.org/2010/03/01/what-every-environmentalist-needs-to-know-about-capitalism/>
- Marx, K. (2002) *Antología*, Ed. de Jacobo Muñoz, Península, Barcelona.
- Massey, D. (2008) *Ciudad mundial*, El perro y la rana, Caracas.
- Sabbatella, I. & Tagliavini, D. (2011) “Marxismo Ecológico: Elementos fundamentales para la crítica de la economía-política-ecológica”, *Herramienta*, No. 47. Consultado el 15/09/2014
<http://www.herramienta.com.ar/revista-herramienta-n-47/marxismo-ecologico-elementos-fundamentales-para-la-critica-de-la-economia-p>
- Stiglitz, J. (2003) “Las externalidades y el medioambiente”, en *Microeconomía*, Ariel, Barcelona, pp. 513-527.

- Tanuro, D. (2008) “¿Energías de flujo o energías de stock? Un caballo de Troya en la ecología de Marx”, *Viento Sur*. Consultado el 25/10/2014
<http://www.vientosur.info/documentos/ecologia-marx.pdf>
- Teitelbaum, A. (2008): *La crisis del sistema capitalista*, Argenpress. Consultado el 15/09/2014
<http://www.argenpress.info/2008/10/las-crisis-del-sistema-capitalista.html>
- Wallerstein, I. (2001) “Ecología y costes de producción capitalistas: no hay salida”, ponencia presentada en las jornadas PEWS XXI, *The Global Environment and the World-System*, Universidad of California. Consultado el 15/09/2014
<http://www.rebellion.org/hemeroteca/ecologia/wallerstein230901.htm>